

El amor en el cura de Ars

Saturnino Gamarra-Mayor Ibáñez de Zuazo

FACULTAD DE TEOLOGÍA

VITORIA

RESUMEN Es verdad que la referencia al santo Cura de Ars es obligada en este Año Sacerdotal, pero sin olvidar que la primacía en esta celebración está en el Sacerdocio de Cristo. El patronazgo del Cura de Ars sobre todos los sacerdotes del mundo nos lleva a plantearnos lo radical del sacerdocio y de todos los sacerdotes, que es el amor. Y, precisamente, el amor es el que configura la vida y el ministerio de San Juan María Vianney.

PALABRAS CLAVE Año Sacerdotal, amor de pasión, oración contemplativa, relationalidad, ministerio.

SUMMARY *In this Sacerdotal year we necessarily have the Curé d'Ars as our main point of reference but without forgetting that the centre of this celebration is to be found in the Priesthood of Christ. The Curé d'Ars is the special patron of priests throughout the world and this leads us to underscore the role of Love as the radical basis for the priesthood and for all priests. And Love is precisely the driving force in the life and ministry of Saint Jean-Marie Vianney.*

KEY WORDS *Sacerdotal year, passionate love, contemplative prayer, relationship, ministry.*

I. EL MARCO DE NUESTRA APORTACIÓN

No pretendemos ni ser originales en el planteamiento, ni ambiciosos queriendo abarcar todos los aspectos de la figura del santo Cura de Ars, ni tampoco meros repetidores de lo que ya se ha dicho¹. Nos interesa subrayar el aspecto que consideramos que fue clave en el Cura de Ars, tanto en su

1 De entre las numerosas publicadas, citamos: PH. BOUTRY, *Prêtres et paroisses au pays du Curé d'Ars* (Paris 1986); A. DUPLÉIX, *Comme insiste l'Amour* (Paris 1986); R. FOURREY, *Jean-Marie Vianney Curé d'Ars. Vie authentique* (Paris 1981); J. IRIBARREN, *San Juan María Vianney. Cura de Ars* (Madrid, 1986); B. NODÉ, *Cura de Ars. Su pensamiento, su corazón* (Barcelona 1994); J. LÓPEZ TEULÓN, *El Santo Cura de Ars. El hombre que se hizo misericordia* (Madrid 2009); F. TROCHU, *Vida del Cura de Ars* (Barcelona 1942).

persona como en su vida y en su pastoral, que para nosotros es el amor. Pero su tratamiento nos pide que lo enmarquemos bien, y de esta forma situemos acertadamente nuestra aportación. Por esta razón indicamos de entrada las coordenadas en las que nos movemos:

El *Año Sacerdotal*. Hemos vivido varios meses de este Año sacerdotal y, a estas alturas, todos podemos atestiguar que está siendo un “Año de gracia”, que su eco es creciente y que la profundidad de su vivencia se está haciendo cada vez más palpable. El eco va a más y la vivencia es profunda, no es nada superficial. Es de desear que cada sacerdote tomara conciencia de los niveles de profundidad en los que, muy cerca de él, se acoge y se está viviendo el Año Sacerdotal. En muchos cristianos, y particularmente en los más sencillos, este año dedicado al sacerdocio está teniendo una resonancia peculiar.

Todos estos datos nos hacen ver que está creándose una actitud de *receptividad* especial ante lo que es el sacerdocio, y que al mismo tiempo está despertándose una exigencia sobre el sacerdote, su vida y su ministerio. La exigencia y la receptividad no suelen coincidir fácilmente, pero en este momento sí coinciden; su aprovechamiento está a expensas de nuestra decisión y de nuestra valentía.

La referencia al Cura de Ars. Esta referencia al santo Cura de Ars es obligada, ya que el Año Sacerdotal está convocado “con ocasión del 150 aniversario del *dies natalis* de Juan Maria Vianney”. Nadie duda de la oportunidad y conveniencia de esta referencia al Cura de Ars durante este año, pero que sea obligada no quiere decir que sea la referencia principal. ¿Puede pensarse que en un Año Sacerdotal la referencia al Cura de Ars esté sobre la referencia a Cristo Sacerdote? ¿Podemos aceptar que en un “Año sacerdotal” se hable más y que se escriba más del Cura de Ars que de Cristo Sacerdote? Está a nuestro alcance comprobar el dato: basta con que miremos la bibliografía de este Año sacerdotal y en ella comparemos lo escrito y publicado sobre el Cura de Ars y sobre Cristo Sacerdote. ¿Qué resultado nos da?

Aunque estoy muy interesado por la figura del Cura de Ars, no puedo posponer el sacerdocio de Cristo, e insisto en él porque la fundamentación del sacerdocio no está en el Cura de Ars, sino en Cristo Sacerdote; y, a nuestro juicio, el sacerdocio ministerial en la actualidad está necesitando que en las cristologías que se manejan esté presente o más presente el Sacerdocio de Cristo. ¿No convendría que en este Año Sacerdotal se hablara más del Sacerdocio de Cristo? Ya sabemos que hablando del Cura de Ars podemos y

debemos hablar, y mucho, del Sacerdocio de Cristo, porque él así lo vivió, pero lo que nos interesa es la cristología de hoy. Y lo que no podemos hacer es desviar la orientación del Año Sacerdotal que está “convocado con ocasión del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney”, porque lo que es ocasión no debemos convertirlo en central.

- *El patronazgo del Cura de Ars*. No deja de ser llamativo el proceso que ha seguido la ampliación del patronazgo del Cura de Ars. San Pio X, en la beatificación de Juan María Vianney, año 1904, le nombró “patrono de los sacerdotes de Francia”; Pio XI, en 1929, con motivo de la canonización, le proclamó “patrono de todos los párrocos del mundo”; y Benedicto XVI en este Año sacerdotal le proclamará “patrono de todos los sacerdotes del mundo”. Y la pregunta que puede surgir es si la ampliación del patronazgo pueda incluir algún tipo de reduccionismo sobre el sacerdocio o el tipo de vida del sacerdote. ¿Con el patronazgo universal del Cura de Ars se busca un tipo de sacerdotes para el futuro?, en este caso el patronazgo coincidiría con modelo. Al comenzar el Año sacerdotal cayó en mis manos un breve artículo “Rostros sacerdotales que des-colocan”², de José Cristo Rey García Paredes, que me hizo pensar; y en el punto final habla de la comunión de la “biodiversidad ministerial ordenada”. Conscientes de esta realidad, se entiende que surjan nuevas preguntas: ¿En qué sentido la referencia al Cura de Ars es obligada a todo sacerdote, ya que es su Patrón? ¿La aceptación del patronazgo del Cura de Ars está suponiendo rostros sacerdotales afines?

Precisamente, con nuestra aportación queremos salir al paso de las dudas y sospechas que surgen, y ofrecer lo que es la clave de la vida y del ministerio del Cura de Ars, que, a nuestro juicio es su *amor de pasión*, que también lo es para todo sacerdote. No olvidemos el principio de que *el sacerdocio es amor*. Según este planteamiento, el patronazgo del santo Cura de Ars, que se entiende desde el amor, no tiene por qué ser reductivo –para un tipo de sacerdotes– sino que es universal inclusivo. El amor es esencial y constitutivo del sacerdocio, y, consecuentemente, está presente en todo sacerdote.

La dimensión pastoral del Cura de Ars. El encargo de este artículo para esta revista incluye la indicación de que la figura del Cura de Ars no pierda de vista la dimensión pastoral. Responderemos al encargo, pero adelantamos

2 J. C.R. GARCÍA PAREDES, *Rostros “sacerdotales” que descolocan*, en (<http://www.xtorey.es>).

el núcleo de nuestra aportación. El amor de pasión del Cura de Ars es lo que explica con objetividad y en su radicalidad la pastoral que ejerció. Todos sabemos que el amor del sacerdote explica su pastoral. En concreto, intentaremos contemplar y comprender la pastoral que tuvo el Cura de Ars acercándonos a su amor, que también fue especial.

Nos vemos ya en plan de marcha. Hemos buscado precisar bien el objetivo de nuestra aportación, y con ello facilitar su desarrollo y no crear en los lectores expectativas engañosas. Las coordenadas que hemos seguido -el “año sacerdotal”, la referencia al Cura de Ars, su patronazgo universal y su dimensión pastoral- nos han dejado en el punto exacto que debemos trabajar: el amor de pasión del santo Cura de Ars, Pastor.

II. EL SACERDOCIO Y EL AMOR

Es obvio que antes de detenernos a contemplar el amor en el Cura de Ars, veamos cómo el amor forma parte de la identidad del sacerdocio, que sin amor no hay sacerdocio cristiano y que es propio de todo sacerdote. Y para plantear la relación sacerdocio-amor en una panorámica general, nos situamos en estas perspectivas:

1. UNA MIRADA TEOLÓGICO-EXISTENCIAL

Como es tanto lo que se nos ofrece para contemplar, nos centramos en estos puntos muy concretos:

Partimos de unas afirmaciones muy aceptadas. Es común presentar hoy el sacerdocio desde la clave del amor. Se afirma que el sacerdocio es amor, que aceptar el sacerdocio es creer en el amor, que la crisis del sacerdocio está relacionada con la crisis de amor, que el proceso de una vida sacerdotal es proceso de amor, es decir: se detiene, retrocede o progresa según sea el amor, que envejecer siendo sacerdote es crecer aún más en el amor. En una palabra: ser sacerdote es amar. Y no pensemos que lo afirmado es una concesión a lo que es hoy la cultura del amor, sino que responde a verdad. Lo vemos en los pasos siguientes.

Es imprescindible la referencia a la *relacionalidad* propia del sacerdote. Hoy al sacerdote se le define por la relacionalidad (PDV 12,3), que es de gran amplitud y de rica profundidad, y cuyas referencias son Cristo, la Trinidad, la Iglesia, el obispo, el presbiterio y el mundo. Si entramos en su vivencia, podemos ver que vivir la relacionalidad incluye una buena dosis de receptividad –la relación se vive acogéndola– y otra dosis, no menor, de oblatividad –la relación se vive para. Esta relacionalidad de ser desde y de ser para, propia del sacerdote, es su definición más plena. ¡Qué maravilla de relacionalidad entraña la persona del sacerdote! Pero esta maravilla no se entiende sin el amor.

La *caridad pastoral* también es imprescindible. Nos resulta a todos muy conocida la importancia que hoy se da, porque la tiene, a la caridad pastoral. La frase de San Agustín: “*Sit amoris officium pascere dominicum gregem*”, repetida y comentada en PDV 23; 24, cuenta hoy con una magnífica aceptación. Al no poder llegar a todos los aspectos que forman parte de la caridad pastoral³, nos contentamos con subrayar un dato muy elemental, pero del todo necesario: que la caridad no es cosa, no es algo que se adquiere y se añade a la relación del sacerdote para enriquecerla. La relación y la caridad pastoral no se dan por separado, sino que el amor es relación, y la relación es amor. La maravilla de la relacionalidad del sacerdote, afirmada más arriba, es maravilla de amor.

La *Comunión en Cristo* es lo radical. Nos falta dar el paso definitivo, que es la *Comunión en Cristo*. Una visión de la relacionalidad del sacerdote y de su amor al margen de Cristo no sólo es incompleta y empequeñecida, sino que queda desnaturalizada. La especificidad de la relación y del amor del sacerdote está en la *Comunión de Cristo*. Conviene recordar que somos sacerdotes en Cristo; que no es nuestra relación con Él la que nos hace sacerdotes suyos, sino que somos sus sacerdotes por su relación en nosotros por la sacramentalidad. No puede olvidarse que somos en su relación (PDV 72). Y la caridad-amor del sacerdote se entiende, no desde nosotros, sino como participación del amor de pasión de Cristo, Pastor y Sacerdote: “El sacramento del Orden confiere al sacerdote la gracia sacramental, que lo hace partícipe no sólo del ‘poder’ y del ‘ministerio’ salvífico de Jesús, sino también de su amor”

3 Cf. S. GAMARRA, “Caridad pastoral: el sacerdocio visto desde el amor”, en: *Manual de Espiritualidad Sacerdotal* (Burgos 2008) 305-327.

(PDV 70; cf PDV 23; 65; 72). Con el planteamiento que acabamos de hacer, ¿nos alejaremos de la figura real del Cura de Ars o más bien nos adentraremos en ella?

2. EL AMOR EN LA CONFIGURACIÓN DE ESTE AÑO SACERDOTAL

Otra perspectiva desde la que podemos contemplar la relación que existe entre el sacerdocio y el amor es el lugar que el amor ha tenido cuando se planteó el “Año sacerdotal” y en sus comienzos. Los datos están a la vista y son fáciles de registrar. El comunicado por el que se convoca un Año Sacerdotal, que por su naturaleza es escueto, da estos detalles:

Con ocasión del 150º aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney, Su Santidad ha anunciado esta mañana que, del 19 de Junio de 2009 al 19 de de Junio de 2010, se celebrará un especial Año Sacerdotal, que tendrá como tema “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. El Santo Padre lo abrirá presidiendo la celebración de las Vísperas, el 19 de junio D.m. solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús y jornada de santificación sacerdotal, en presencia de la reliquia del Cura de Ars...

Y la inauguración siguió el esquema anunciado: En la tarde del viernes, 19 de Junio de 2009, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, Benedicto XVI, al llegar a la Basílica de San Pedro, se dirigió al coro para venerar en silencio la reliquia del corazón de San Juan María Vianney. A continuación presidió las Vísperas y quedó inaugurado el Año Sacerdotal.

Aparece a simple vista que las referencias al Sagrado Corazón de Jesús y la reliquia del corazón del Cura de Ars son más que coincidencia, que están puestos con un claro significado. Estos datos adquieren una relevancia, en primer lugar, en la Carta que Benedicto XVI dirige a todos los sacerdotes el 16 de Junio, y que comienza comentando con intención la frase repetida por el mismo cura de Ars: *El Sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús*⁴, y en segundo lugar, en la Homilía de la apertura, 19 de Junio, Solemnidad del Sa-

4 NODET, 100.

grado Corazón, donde Benedicto XVI comenta la misma frase: El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús, pero citándola del Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1589) y, líneas después, afirma:

Para ser ministros al servicio del Evangelio es realmente útil y necesario el estudio con una atenta y permanente formación pastoral. Pero es aún más necesaria esa “ciencia del amor”, que sólo se aprende de “corazón a corazón” con Cristo. Él nos llama a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar el rebaño en su nombre. Por este motivo precisamente nunca hemos de alejarnos del manantial del Amor que es su Corazón atravesado en la cruz.

Resulta evidente que el amor está en el centro del Año Sacerdotal, tanto en su preparación como en su comienzo, y que ya no es cuestión de estudiarlo sino de saborearlo y gozar de él.

3. MENSAJE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA A LOS SACERDOTES

Es la tercera perspectiva desde la que contemplamos la relación que existe entre el sacerdocio y el amor. Los Obispos de la CEE, reunidos en Asamblea Plenaria –la XCIV– dirigen un Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal⁵. ¿Qué dicen sobre nuestro tema?

La ocasión del Año sacerdotal, que es muy propicia para un documento iluminador con contenidos doctrinales y con orientaciones prácticas y de futuro, ha servido, de momento, para ofrecer a los sacerdotes un *Mensaje de esperanza*. El esquema, que es muy sencillo, descansa en dos puntos fundamentales en la vida del sacerdote: la relación con Cristo, que es relación de amor “Vosotros sois mis amigos” (Jn 15,14); y la misión de pastor, bajo el epígrafe “Se la carga sobre los hombros, muy contento” (Lc 15,15), que se entiende y se vive desde la comunión de amor con Él: “los mismos que fueron llamados para ‘estar con Él’ fueron ‘enviados a predicar’. La misión apostólica es constitutiva de la vocación”⁶.

5 CEE., *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal* (Madrid 2009).

6 *Ibíd.*, 14

Es clara la conclusión a la que llegamos: la identidad del sacerdote, míresele desde donde se le mire, no puede prescindir del amor, que es su componente radical necesario. No hay identidad sacerdotal sin amor, porque no hay sacerdocio sin amor. Cerramos este apartado “El sacerdocio y el amor” con convicciones firmes, pero abrimos el siguiente con una pregunta de orientación: ¿Qué amor se dio en el santo Cura de Ars?

III. EL AMOR EN LA PERSONA DEL CURA DE ARS

Esperamos que la respuesta nos resulte fácil, ya que, en el primer contacto que se tiene con el santo Cura de Ars, es el amor lo que más llama la atención de su vida y de su persona. No resulta nada extraño que quienes han hablado a los sacerdotes contando con la figura de San Juan María Vianney subrayaran de forma especial el amor, como lo han hecho Juan XXIII, en su encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, y Juan Pablo II en su *Carta del Jueves Santo* 1986. Como acercamiento al amor del Cura de Ars en su vida y en su persona proponemos estos pasos:

1. LA VOCACIÓN DE JUAN MARÍA VIANNEY Y EL AMOR

En el breve apunte que pensamos ofrecer de la vocación nos fijaremos en la familia y en cómo está presente el amor en la configuración de la vocación del Cura de Ars.

Partimos de una convicción que va a más, fruto del contacto con otras experiencias, de que la vocación temprana, tanto sacerdotal como religiosa, ya en sus comienzos, marca a la persona dejando una huella que permanece; y así puede apreciarse en el caso de Juan María Vianney.

Nada más acercarnos a la familia Vianney vemos que en ella hay una vivencia especial del amor de Dios y del amor a los que están en necesidad. Así titula J. Iribarren el primer capítulo de su libro sobre el Cura de Ars: *Niñez en la revolución: piedad en la catacumba*⁷. Estas fechas explican el título: 1786,

7 IRIBARREN, 11.

nace Juan María en Dardilly; 1789, caída de la Bastilla, Revolución francesa; 1790, Constitución civil del Clero; 1792, Primera República; 1793, Ejecución de Luis XVI y de María Antonieta, El Terror. Y estas cifras lo confirman: en los 15 meses del Terror, sólo en París cayeron 2.596 cabezas, y se supone que ése fue sólo el 15 por 100 de lo que ocurrió en otras regiones francesas; y, además, la mitad del clero francés prestó juramento a la Constitución revolucionaria, lo cual dividió a la Iglesia en dos creando sospecha y desconfianza entre los curas aun en las regiones rurales.

En la situación que acabamos de describir, la familia Vianney adoptó una doble postura: la de acoger a los sacerdotes convirtiéndose en casa cural clandestina, y la de hacerse cargo de los hombres trashumantes; hubo noche de veinticinco refugiados: curas proscritos, mendigos, perseguidos políticos.

Al pequeño Juan María le vemos en este contexto, además de servicial, muy piadoso, con la tendencia a buscar la soledad para orar —ésta fue una queja de su madre: “si tú sabes lo bien que hemos rezado siempre juntos, ¿qué necesidad tienes de irte lejos para rezar?”⁸—, y muy caritativo: secaba a la lumbré y despiojaba las ropas de los pobres. El amor de Dios y el amor a lo demás están activamente presentes en los comienzos de quien será cura de Ars.

Si atendemos ahora la vocación de Juan María Vianney al sacerdocio registramos estos dos datos, que cada uno de ellos son de gran envergadura. Nos referimos, en primer lugar, a las dificultades que encontró a lo largo de su vocación al sacerdocio. Está la dificultad de su casa: los brazos de Juan María eran necesarios para el campo. La dificultad de los estudios como lo indican estas fechas: 1806, comienza los estudios con Balley, cura de Ecully; 1809, orden de incorporarse al ejército, destinado al frente de España; 1809, declarado desertor, con la gravedad que entrañaba; 1811, vuelve a Ecully, recibe la tonsura; 1813, es admitido en el Seminario de San Ireneo de Lyon y despedido en noviembre; 1814, órdenes menores y subdiácono; 1815, diácono y sacerdote. Notemos que entra en el Seminario tres veces. Y señalamos como dificultad especial la que le supuso vivir dos años como prófugo, habiendo sido declarado desertor.

El segundo dato al que nos referimos es cómo fue capaz de mantener el deseo de ser sacerdote durante ocho años de tantas dificultades, es decir: cómo vivió esta etapa, con qué espíritu la afrontó y cómo la alimentó. La res-

8 TROCHU, 11.

puesta que podemos dar es el amor a Dios, y en Él, el amor y la entrega a los hombres en las necesidades de aquel momento. La solución no fue el simple creer en la voluntad de Dios, sino el amor, alimentado por una intensa oración y acompañado por una purificación interior y exterior, es decir hecha de desprendimiento y de penitencias. Vivió el proceso de su vocación desde la conciencia de que contaba con una presencia cercana: “Cuando estudiaba, estaba abrumado de pena, ya no sabía qué hacer, cuando pasando al lado de una casa –veo aún el sitio– me fue dicho, como si alguien me hablara al oído: ‘Ve, está tranquilo, un día serás sacerdote’. Otra vez que estaba muy inquieto, oí claramente la misma voz que me decía: ‘¿Qué te ha faltado hasta ahora?’”⁹

No olvidamos el contexto de rigorismo apoyado por el jansenismo que se vivió en aquella época y en el que se formó y se movió el Cura de Ars. El acento sobre la voluntad, el esfuerzo personal y el temor no favorecían la contemplación¹⁰; pero precisamente por ello, queremos subrayar las manifestaciones de amor que vayamos descubriendo.

2. EL AMOR EN LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA DEL SANTO CURA DE ARS

Nos acercamos a este punto conscientes de que no es algo periférico, transitorio y accidental en el Cura de Ars, sino que hunde sus raíces en lo profundo de su ser, que es estable y estructura su persona y que se inscribe en lo más íntimo de su vivencia del sacerdocio. Seguiremos estos pasos:

Nos preguntamos por la oración contemplativa y cómo la vivió el Cura de Ars. La describimos diciendo que no se trata de ser un mero rezador que busca relacionarse con Dios desde uno mismo, sino que se trata de acoger con atención amorosa la relación que Dios tiene con uno, que es relación de Amor, y que situándose en ella vive en Él, desde Él y para Él. En una palabra, se trata de vivir la *Comunión de Cristo*. La descripción está hecha teniendo muy presente la vida de san Juan María Vianney.

9 NODET, 70

10 Cf. M. DUPUY, *Jansenisme*, DSp., VIII, 102-148; E. PACHO, *Jansenismo*, en DM (Diccionario de Mística), (Madrid 2002), 959-962.

Y decimos más: la oración contemplativa, con las connotaciones ya apuntadas, llega a ser en él *habitual*, es su estado interior afectivo; la vive con *intensidad*, con gran viveza; es *real*, se da aun en medio de fuertes tentaciones y pruebas; *configura* su persona, sólo encuentra sentido en ella; y la presenta como *propia* de la antropología cristiano-sacerdotal. La alimenta con la oración y con la Eucaristía; la acompaña con penitencia; y la experimenta en la pastoral. Son muchas las frases de San Juan María Vianney que apoyan las afirmaciones que acabamos de hacer y que podríamos citar, pero nos parece más que suficiente la *Plegaria sobre el Amor de Dios*:

Os amo, Dios mío, y mi único deseo es amaros hasta el último aliento de mi vida.

Os amo, Dios infinitamente amable, y prefiero morir amándoos, que vivir un solo instante sin amaros.

Os amo, Señor, y la única gracia que os pido, es la de amaros eternamente.

Os amo, Dios mío, y sólo deseo el cielo para tener la felicidad de amaros perfectamente.

Os amo, Dios infinitamente bueno, y sólo temo el infierno porque allí no habrá nunca el dulce consuelo de amaros.

Dios mío, si mi lengua no puede decir constantemente que os ama, quiero que mi corazón os lo repita tantas veces como yo respire.

Dios mío, concededme la gracia de sufrir amándoos y de amaros sufriendo.

Os amo, divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí.

Os amo, Dios mío, porque me tenéis aquí abajo crucificado por Vos.

Dios mío, concededme la gracia de morir amándoos y sintiendo que os amo. Dios mío, a medida que se acerque mi fin, concededme la gracia de aumentar mi amor y de perfeccionarlo¹¹

¿Qué decir de la figura penitente, austera y rigorista del Cura de Ars? ¿Es compaginable con la presentación que estamos haciendo de él desde el Amor en la oración contemplativa? La respuesta es sencilla: que el Cura de Ars tenga comportamientos de austeridad, de rigorismo y de penitencia –el es-

11 NODET, 45. Esta plegaria fue compuesta probablemente en 1848.

píritu de la época lo favorecía— no quiere decir que su persona se redujera a eso y que no fuera otra cosa. Más allá de los comportamientos debe contemplarse el ser de la persona, lo que la define realmente y el conjunto de sus comportamientos. Y lo que descubrimos del Cura de Ars con toda evidencia es que el amor de pasión, vivido en relación estrecha con Cristo, cualifica su persona y determina su comportamiento pastoral. En él todo se entiende desde el amor; también la olla de patatas y las disciplinas deben entenderse desde el amor. Tenemos muy en cuenta la vida austera y penitente de San Juan María Vianney, y, precisamente, porque queremos comprenderla en su valor, llamamos la atención sobre su amor, que es la clave de su vida

Puestos a preguntar: ¿Qué lugar ocupa la contemplación en el sacerdocio del Cura de Ars? La respuesta tampoco es complicada. La contemplación es su forma de vivir el sacerdocio; no lo entiende de otra manera: lo vive en una relación permanente con Él, es decir, en su *Comunión*. Desde esta clave se entienden las muchas horas de oración en la Iglesia, ante el Sagrario, y lo mucho que dice de ella: “La oración no es otra cosa que la unión con Dios”; y que en esta íntima unión, Dios y el alma son “como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar”; Dios “se comunica de corazón a corazón”¹².

3. LA RELACIONALIDAD DEL CURA DE ARS Y SU AMOR

Sabemos que hablar del sacerdocio es hablar de su relacionalidad, y que escribir de un sacerdote es presentar su relacionalidad. Y recordamos que el ser desde y el ser para, propio del sacerdote, le define por dentro y por fuera. Y sabemos más: que la relación y el amor no van por separado, sino que su relación es amor y que su amor es relación. ¿Cómo se da en el Cura de Ars?

Recoger los datos, ponerlos sobre la mesa y mirarlos detenidamente provoca en nuestro rostro un gesto de admiración. No olvidemos las relaciones que suponen las obras apostólicas que dirigió y creó, como la fundación de “*La Providencia*”; tengamos en cuenta, desde lo que vivimos en el ministerio de la Palabra, la relación tan peculiar que necesariamente incluirán la hora dia-

12 *Ibid.*, 80; 85.

ria de catecismo y las predicaciones; pensemos, también desde nuestra experiencia, la relación tan personal que supone el sacramento de la penitencia y lo que supondrán las 11 ó 12 horas diarias de confesionario en invierno, y entre 16 y 18 horas en verano; imaginemos el tipo de relación que entrañará la presencia de tantos miles de peregrinos –en 1830 comienzan los peregrinos; en 1845, son de 300 a 400 los peregrinos al día, y en el último año, 1859, el número llegó de 100 a 120 mil personas–; y no pasemos por alto una serie de relaciones, llamémoslas no comunes, que tuvo en su vida: beato M. Champagnat, fundador de los Maristas; J. C. Colin, fundador de la Compañía de María; san Pedro Julián Eymard, fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento; Hermann Cohen, fundador de la Asociación de la Adoración Nocturna; Paulina Jaricot, fundadora de las Obras Misionales Pontificias; y H. Lacordaire, predicador dominico¹³. No lo dudamos: el santo Cura de Ars es cura-relación con muchas y muy diversas relaciones.

¿La naturaleza de su relación? Con lo que sabemos del Cura de Ars podemos responder con seguridad que la relación que pretendió vivir y que vivió fue la relación propia de su ministerio de sacerdote. *El ser en Cristo y desde Cristo para los demás*, tan propio del sacerdote ordenado, configuró su persona y su vida. Su relación con Dios y su relación con los demás parten de su ser en Cristo por el bautismo y la ordenación. Se indentificó con Cristo Salvador y se volcó al hombre necesitado de salvación. Esta es la clave de su relacionalidad.

¿Y el amor? Si en Dios, y consecuentemente en el cristiano y en el sacerdote, la relación es amor y el amor es relación, la relación ministerial no puede entenderse al margen del amor, es relación de amor. En la clave del amor entendió y vivió el Cura de Ars su relación ministerial.

Acercándonos a lo cotidiano de la vida del Cura de Ars, preguntamos: ¿Qué subrayado puede hacerse a su amor, teniendo en cuenta la relación a la que le llevó el ministerio tan hondamente vivido? Respondemos: Nos sorprende el amor que se necesita para la *sintonía* que tuvo con el Dios de salvación y con el necesitado de salvación, porque se trata de una sintonía de características especiales. Nos sorprende, además, el amor que se necesita para *mantener* con viveza el nivel de relación que él tenía y durante las largas horas que el ministerio le supusieron. Nos sorprende, por fin, el amor que hizo que

13 Cf. F. TROCHU, *Les amitiés du Curé d'Ars* (Paris 1958).

Juan María Vianney *permaneciera* como Pastor durante 41 años en Ars, en medio de fuertes dificultades y grandes tentaciones. En cambio, no nos sorprende que su amor haya sido afectivo y que expresara misericordia; nos alegra que se escriba y que se insista en su cordialidad y amabilidad, porque el amor del Pastor no puede ser de otra manera¹⁴. Dicen mucho estas frases suyas: “No recuerdo haberme enfandado con mis feligreses. Ni siquiera haberles hecho reproches”; “Si estuviera triste, iría a confesarme enseguida”¹⁵.

Nuestro resumen es muy breve: No tenemos otra palabra que explique la persona y la vida del Cura de Ars que el Amor. Es el resultado de nuestro acercamiento al sacerdote San Juan María Vianney.

IV. EL AMOR Y LA *PRAXIS* MINISTERIAL DEL CURA DE ARS

No podemos cerrar nuestra aportación sobre el amor en el Cura de Ars sin referirnos al ejercicio de su ministerio y a su amor en él. Es una dimensión esencial del sacerdote, que es consagrado para actuar. Y nos preguntamos por la praxis ministerial que llevó el Cura de Ars y por el amor que puso en el ejercicio del ministerio.

1. EL PLANTEAMIENTO DE SU MINISTERIO

Estamos ante un apartado de máximo interés, ya que el presbítero queda reflejado y definido en el mismo planteamiento que haga de su ministerio. Como plantee y lleve el ministerio, así será el presbítero. Nos referiremos a los datos que, a nuestro juicio, son más significativos en el Cura de Ars:

Actividades diversas. Es bastante común conocer al Cura de Ars por los rasgos que han sido subrayados de siempre, pero cayendo en una visión incompleta por no conocer otros aspectos. Para un conocimiento más completo, puede ayudarnos tener delante estos dos datos: El primero, su capacidad emprendedora para hacer obras en su Iglesia parroquial, restaurarla y aco-

14 Cf. NODET, 33; IRIBARREN, 135 ; LÓPEZ TEULÓN, 143-144.

15 NODET, 213; 15.

modarla para que cumpla mejor con su finalidad. Hay constancia de las obras y adquisiciones notables que realizó y del año en que las hizo¹⁶. Tenemos un cura activo.

El segundo dato, su decisión empeñista por la fundación de dos escuelas, una para niños y otra para niñas. ¡Nuestro Cura de Ars fundando centros de enseñanza! Optó por comenzar con las chicas. En 1824 compró una sencilla lonja, pensó en tres jóvenes conocidas para la dirección del centro, les procuró una formación adecuada, y en 1825 el centro, llamado *La Providencia*, fue puesto en marcha. De escuela pasó pronto a internado, y en 1849 el centro pasó a las Hermanas de San José, de Bourg. Y fundó la escuela de chicos el año 1836 (la de chicas llevaba 11 años de funcionamiento), y siguiendo el esquema básico de *La Providencia*, encomendó su dirección a un joven del pueblo. En 1849, la escuela de chicos pasó a los Hermanos de la Sagrada Familia. De los seglares, pasó a manos de religiosos.

Y podemos decir más: Vemos a nuestro Cura de Ars manifestando el deseo de llevar el plan de educación de La Providencia a las parroquias rurales vecinas: “Evitaremos así que los hijos de nuestros campesinos vayan a las grandes internados, donde después de 2 ó 3 años se transformen en señoritos que encuentran que la tierra está muy baja”¹⁷.

No deja de ser una grata sorpresa descubrir en el Cura de Ars una preocupación, que no fue de un momento, por la educación de los jóvenes con miras a un futuro. ¿Le conocíamos así?

El ministerio. Es bueno que recordemos los aspectos que constituyen el ministerio del sacerdote y que el Cura de Ars vivió intensamente. No nos preguntamos por sus preferencias porque fue muy consciente de la relación que existe entre las distintas funciones del ministerio. Le dio mucha importancia a la predicación; la preparación de cada sermón le supuso, sobre todo en los primeros años, muchas horas de trabajo hasta llegar a una composición correcta y a su memorización, y ¡los sermones eran de $\frac{3}{4}$ de hora! Y ya sabemos el amplio espacio que dio a las confesiones; y desde su experiencia tan peculiar vio reforzada la convicción de la gran importancia que tiene este sacramento para la relación entre el hombre y Dios.

16 Cf. NODET, 35-36. El autor pone esta nota: “Esta larga lista es suficiente, creo, para demostrar la actividad de este sencillo cura rural”.

17 LÓPEZ TEULÓN, 149.

Tras la reconciliación, *la Eucaristía*. Para él lo más grande fue celebrar la Eucaristía, vivió una intensa fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía: “No hay nada comparable con la Eucaristía”, “¡Qué dulce y cómo consuela la santa presencia de Dios”¹⁸; y a los demás, contrariamente a la costumbre de la época –ojo al dato–, les aconsejó que comulgaran con frecuencia: “El alma necesita perentoriamente a su Dios. Así pues, ¡acudid a comulgar, acudid a Jesús con amor y confianza”¹⁹. Y, por último, señalamos la función de la caridad, tan presente en el ministerio del Cura de Ars. Es verdad que atendió con finos detalles a todos los pobres, pero prestó una atención especial al centro de la *Providencia*, al que tanto amó, por el que tanto se entregó y con el que tanto sufrió. No deja de ser llamativo que, según el horario que siguió en los últimos veinte años, pasara tres veces al día por el centro: a las 8, a las 12 y a las 13²⁰.

¿Y cómo vivió el ministerio en sus distintas funciones? ¿Podemos dar con la clave que explique su forma de ejercer el ministerio? La clave está, a nuestro juicio, en el sentido que para él tenía el ministerio y que lo vivió de forma creciente. Vio al ministerio sacerdotal en relación estrecha con la salvación, y aceptar el ministerio era aceptar la sintonía con el Salvador y con el necesitado de salvación. Somos conscientes de que estamos en el punto central de la vida y del ministerio del Cura de Ars: la valoración de la salvación, porque, tanto ayer como hoy, como se entienda la salvación, así se entiende el ministerio de salvación, el sacerdocio ordenado. San Juan María Vianney creyó firmemente en el ministerio del sacerdote y fue muy consciente de que era Dios quien actuaba en él, y su conciencia fue a más, precisamente, en medio de las pruebas llamativas que el Garras –con ese nombre llamaba al diablo– le proporcionó durante años y a las que aguantó con paz²¹.

Como resumen decimos: El Cura de Ars tuvo un planteamiento del ministerio, no reducido, sino amplio, en el que cabía también la naciente “Propagación de la Fe”; y lo vivió con la conciencia viva de que es un ministerio que salva.

18 NODET, 111; 113.

19 *Ibíd.*

20 IRIBARREN, 99-100.

21 IRIBARREN, 85-88; Cf. LÓPEZ TEULÓN, 97-102

2. EL AMOR Y EL EJERCICIO DEL MINISTERIO

Son muchos los puntos que nos reclaman atención, pero nos limitamos a los siguientes:

Su preparación. No creemos que deba extremarse su cortedad ante los estudios. La dificultad ante el latín no indica, ni mucho menos, una incapacidad para el ministerio de la Palabra y consejero espiritual. De hecho ejerció dicho ministerio y muy satisfactoriamente. La necesidad de responder a las personas que se le presentaban deseosas de Dios le obligaba a prepararse. Resulta llamativo “que en el origen de más de veinte congregaciones religiosas, los fundadores consultaron con el Cura de Ars”²².

Y la preparación le llevó, en primer lugar, al estudio. Necesitó leer y estudiar. Tengamos muy presente que su biblioteca, que hoy se conserva intacta, contiene 416 volúmenes y en la mayor parte es heredada del cura Bellel, su mentor. Pero, según las fechas de edición, puede creerse que él mismo debió comprar más de una cuarta parte²³. “Es grato registrar entre los volúmenes la traducción al francés del *Tratado de perfección y virtudes cristianas*, por el P. Alonso Rodríguez... tratado ascético tan familiar a los españoles. Consta la influencia que ejerció en el reblandecimiento del severo confesor, la moral de San Alfonso María de Ligorio, muerto en 1787, cuando Juan María tenía un año”²⁴. También consta que utilizó escritos de San Juan de Ávila. Todo hace ver que procuró prepararse.

Pero, además, la preparación del Cura de Ars, más conocida por todos, consistió fundamentalmente en la relación con Dios, en su unión con Él alimentada en la oración: “A los sacerdotes falta reflexión. No profundizamos en nosotros mismos, no sabemos lo que hacemos. ¡Es la reflexión, la oración, la unión con Dios lo que necesitamos!”²⁵.

En una palabra, el amor apasionado del Cura de Ars por Dios y por los hombres es el que motivó y sostuvo una preparación tan costosa y a su vez tan en su punto.

22 J IRIBARREN, 163.

23 Cf. NODET, 18.

24 IRIBARREN, 143.

25 NODET, 102.

El amor en su responsabilidad de cura. Todos sabemos que vivió el sacerdocio con un gran sentido de responsabilidad, hasta sentirlo en ocasiones como un gran peso, como una carga excesiva. Y lo decía: “El sacerdocio es una carga, un peso gravoso que si el sacerdote no tuviera el consuelo y la felicidad de celebrar la Santa Misa, no podría soportar”; “No me desagradaba ser cura para decir la Santa Misa, pero no querría ser cura: es muy enojoso”; “No sabéis lo que es pasar de un Curato al tribunal de Dios”²⁶. Y si buscamos ahora una explicación a estas reacciones frecuentes en el Cura de Ars, podemos encontrarla en torno a esta pregunta: ¿El ministerio del sacerdote consiste en *ofertar* el mensaje de Jesús, acogiendo sin más la libre aceptación que se haya dado, o consiste en *asumir* la situación de las personas a las que el sacerdote está destinado? En este segundo caso, se trataría de cargar sobre los hombros al hermano y llevarlo a las verdes praderas donde se encuentra el rebaño. El peso de la responsabilidad es distinto en un caso o en otro. En el caso del Cura de Ars, la connotación de su ministerio es clara: cargar con la salvación del hermano. Su lema fue suplir lo que le faltaba en el pueblo de amor a su Dios. ¡Casi nada! Es ministerio de intercesión con todas las consecuencias, propio del sacerdote.

Tenemos un dato que complica aún más la situación de San Juan María Vianney: la inclinación fuerte, que le acompañó siempre, de retirarse a la soledad y a la Trapa. Tomemos conciencia de que la situación de quien vive la atracción a la soledad manteniéndose en la vida ministerial que tanto le costaba, es extrema y es heroico vivirla. Así se explica que huyera del pueblo y que lo intentara en tres ocasiones, en los años 1840, cuando tenía cincuenta y cuatro años, en 1843 y en 1853, a los sesenta y siete años²⁷. Podemos conocer su versión: (Después de una de sus huidas) “Quise poner a Dios entre la espada y la pared, a fin de hacerle ver que si muero con el cargo y el peso de ser sacerdote, es bien a pesar mío y porque El quiere”²⁸. Y lo original de sus huidas está en que se iba de la parroquia por amor, y se volvía al pueblo por amor. Buscaba la soledad atraído por el amor de Dios, y encontraba el amor de Dios en la entrega con amor a sus hermanos.

26 NODET, 104-105.

27 IRIBARREN, 105. El autor le califica como “Fugitivo contumaz”, 93.

28 NODET, 105.

3. EL AMOR Y LA PENITENCIA

El dato más conocido del Cura de Ars suele ser lo que sale fuera de lo común, y están fuera de lo común sus penitencias y mortificaciones. Nosotros no pensamos pasarlas por alto, ni tampoco recrearnos en ellas; hoy interesa verlas en un cierto equilibrio, como parece que así fue, pero sin disminuir su exigencia. Nos interesa mantenerlas delante de nosotros para su contemplación y preguntarnos por el amor en ellas. El interrogante que siempre aflora cuando nos topamos con las mortificaciones y las penitencias es: ¿Qué relación cabe entre las penitencias y el amor? ¿Cómo se entiende la penitencia en un sacerdote?

Nuestro Cura de Ars, experto en esta materia, habla mucho del tema y nos ofrece diversas perspectivas, y nosotros llamamos la atención de estas tres: En la primera perspectiva, plantea *la cruz en la realización de la vida cristiana*, poniéndola como principio que es irrenunciable, ya que parte del bautismo. Y de aquí arranca una serie de afirmaciones de hondo contenido: “Si amáramos a Dios, amaríamos las cruces”; “Dios quiere que no perdamos nunca de vista la cruz”; “Qué consuelo sufrir bajo la mirada de Dios”; “Sufrir con Dios no es sufrir, es como estar tendido sobre un lecho de rosas”; “El cristiano vive con sus cruces como un pez en el agua”²⁹. La consecuencia es obvia: vivir la vida cristiana es amar la cruz.

La segunda perspectiva que nos ofrece el Cura de Ars sobre las penitencias es *vivirlas en lugar de sus feligreses*: “Ayunaré por vosotros”; “Se dice que dais suaves penitencias a grandes pecadores. –Un confesor debe hacer una parte”. Aquí tenemos una clave importante para entender sus penitencias y su concepción del ministerio: implicarse en el hermano. Intuimos que si fue exigente en las penitencias para él, no lo sería menos cuando las hacía por los que absolvía, y que, además, eran muchos los que confesaba cada día. En esta perspectiva, el amor es imprescindible: “El corazón abrasado por el amor divino se dilata en proporción con el número de almas que Dios pone en su camino, como las alas de la gallina se extienden en proporción con el número de sus polluelos”³⁰

29 NODET, 181.183.

30 NODET, 73-74.

La tercera perspectiva es vivir *la comunión de los padecimientos* de Cristo. Sabemos que el Cura de Ars vivió intensamente esta perspectiva, porque es la propia de quien vive conscientemente la Comunión de Cristo “Os amo, divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí; os amo, Dios mío, porque me tenéis aquí abajo crucificado por Vos”, y su culminación está en la Eucaristía: “Qué bien hace un sacerdote en ofrecerse a Dios, cada mañana, en sacrificio”³¹.

4. EL AMOR DE MARÍA

Comenzamos el trabajo con el título: *El amor en el Cura de Ars*, y lo terminamos hablando del Amor de María en nuestro cura. Es el mejor final que podía darse a esta reflexión sobre el amor de San Juan María Vianney. María estuvo muy presente en los primeros años del pequeño Vianney; la Virgen fue desde el principio ternura, auxilio, intercesora, y siempre le acompañó el rosario. Y ya al final de su vida pudo celebrar en su parroquia de Ars, por todo lo alto, la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854: “Veneraba y hacía venerar, tanto como podía, a la Santísima Virgen, bajo el título de Inmaculada Concepción”³². Cuatro años más tarde, 1858, tuvieron lugar las apariciones de la Virgen en Lourdes, de las que no dejó ninguna referencia. Estamos al final, murió el 4 de Agosto de 1859.

Para el Cura de Ars, María es referencia contemplativa: “Las tres personas divinas contemplan a la Santísima Virgen”; es su amor de siempre: “La amé antes de conocerla; es mi más viejo amor”; es fuente de su seguridad: “He bebido tan a menudo de esta fuente que ya no quedaría nada, desde hace tiempo, si no fuera inagotable”³³.

Aquí está nuestro punto final. El amor del santo Cura de Ars descansó en el amor de María, Madre. Y, teniendo tan presente a María, se entiende que San Juan María Vianney se propusiera con su amor suplir lo que faltaba al amor de los suyos.

31 LÓPEZ TEULÓN, 226.

32 NODET, 256.

33 NODET, 251; 255; 256.